

baldino que estaba con la cara pegada al ventanillo, é indicándole aquel abrazo, le hizo con el índice un signo de vituperio, y después dijo afectuosamente, sonriendo:

—Esa es la familia.

Él no respondió.



XIII

EL MAR DE FUEGO

PERO el bautizo, lo mismo que la fiesta del Ecuador, no fué mas que una corta tregua á la irritación que serpenteaba á proa por efecto del creciente calor; en particular, entre las mujeres, la cuales estaban cada día más aburridas de aquel género de vida tan distinta de todas sus costumbres. Desde hacía varios días había estallado la enfermedad contagiosa del pequeño latrocinio, y con ésta, la fiebre general de la sospecha; las toallas, las zapatillas, los trapos viejos desaparecían como por encanto; los despojados creían reconocer sus ropas entre las manos de la una y de la otra, y á cada momento se veían acudir al sobrecargo dos desgreadas temblorosas, con muchachos de la mano, con el cuerpo del delito debajo del brazo, se-

guidas de los maridos y de los testigos, á pedir justicia, y entonces se verificaban procesos y debates en toda regla. Se trataba de un pañuelo, al cual la ladrona le había quitado la marca; de una bota á la cual se le había quitado la cintilla con el nombre del zapatero.

La acusada negaba invocando á Jesús y á la Virgen; la robada se aferraba más y más echando fuera el resto del calendario; era menester llamar á dos peritos que examinaran la marca deshecha ó un remendón para la bota. Pero la piomontesa recusaba los peritos napolitanos, la napolitana no los quería de la alta Italia, los maridos tomaban el partido de sus mujeres, los testigos y los curiosos tiraban cada cual á su provincia.

Había disputas interminables entre montañeses testarudos, que repetían cien veces la mismísima razón, con la mismísima frase, y gentes del llano, lenguaraces que vomitaban torrentes de palabras. A veces, hasta no se entendían y era necesario nombrar un intérprete. Otras veces era menester ordenar un registro de las ropas. Las acusadas se echaban á llorar, los chiquillos á gimotear, los maridos á amenazarse. — ¡En tierra nos veremos, canalla! — ¡Yo te tiraré á las calderas de la máquina, pingajo de horca! — ¡Yo le daré tus tripas á los peces, so perro! — Una mujer acusaba á la otra de andar

en tratos por la noche con los marineros; la otra acusaba á la primera de irse á dormir con los señores de primera. — ¡Si á tí todo el barco te conoce! — ¡Y á tí no te lava toda el agua del mar!

El pobre comisario se devanaba los sesos para comprender y para pronunciar sentencias justas; pero cualquiera que fuese su manera de juzgar, siempre se quejaban de injusticia. Si condenaba á una napolitana ó á una siciliana, decían las otras: — ¡Ya, la otra es de las provincias vuestras! Si condenaba á una de las *provincias suyas*, todas las del norte chillaban: — ¡Ya se sabe; esas tienen siempre manera ¡y qué manera! de hacer que les den la razón! Y era inútil que se tratara de persuadirlas. — Pero oid, recordad que ayer mismo dí la razón, porque la tenía, á una paisana vuestra. — Nada; se la había dado porque era una muchacha guapa, ó porque era una mujer sola, ó porque, porque... llevaría alguna segunda intención. Y de una parte y de otra se levantaba un coro de murmullos. — ¡Ya... no somos italianos! — Nosotros no hablamos genovés. — Ya se sabe; ahora son los de allá abajo los que mandan. — Era una cosa que causaba profunda pena, á tanta distancia de la patria, ver salir en todo litigio las antipatías de familia, oír con qué palabras, tan diabólicamente ingeniosas, se mordían en

su amor propio municipal, desenterrando re-
criminationes y rencores muertos hace tanto
tiempo entre nosotros y avivándolos por dentro,
hasta el punto de llevarlos frescos á América; y
después de cada litigio los dos partidos se sepa-
raban enemigos, llenos de despechos que trans-
cendían luego á proa á sus compatriotas de am-
bos sexos; los cuales poco á poco iban dividién-
dose en dos campos, y se miraban con eno-
jo, y se insultaban, huyéndose alternativamente
como por miedo de que se les pegara la miseria
ó afectando abrocharse la chaqueta ó llevando la
mano al bolsillo, cuando pasaban cerca unos de
otros como para salvar el portamonedas ó el
pañuelo. ¡Oh miseria! El sobrecargo, por muy
solicito que fuera, no tenía tiempo para escu-
char las querellas de todos, y por mucha pa-
ciencia que tuviese, debía morderse más de
una vez la segunda falange del índice. La gor-
da boloñesa, cuya altivez subía con la tem-
peratura, quería hacer registrar todo el bareo,
porque le habían quitado un peine de concha,
y amenazaba con hacer que desacreditase á la
Sociedad de navegación su hermano el perio-
dista, en cuanto desembarcara en América.

La pobre señora del vestido de seda estaba
desesperada porque le habían robado un pe-
queño alfiler de plata, recuerdo, según decía,
de su hermana; pero no se atrevía á recurrir al

sobrecargo, por temor á alguna venganza; y ha-
bía mujeres, que no tanto por temor como por
mostrar una desconfianza injuriosa á sus veci-
nos, dormían con toda su ropa amontonada en-
tre los brazos y entre las piernas, aun á riesgo
de provocar la calumnia del adulterio, por el
falso contorno... ¡Una verdadera locura en re-
sumen!

Y todavía las cuestiones que nacían de hur-
tos, verdaderos ó mentidos, eran las menos difí-
ciles. Lo peor era que la irritación había des-
pertado en todos una delicadeza de amor pro-
pio extraordinaria, que se empañaba con me-
dia palabra ó media sonrisa; tanto que á cada
momento se presentaba alguno al sobrecargo á
quejarse de alguna falta de respeto, y la comi-
saria tenía que convertirse en una especie de
tribunal para caso de dignidad ó de buena edu-
cación. El marinero jorobado decía que ya no
se podía vivir.

—Dicen que hay aquí ladronas—exclamaba,
(porque no hablaba nunca mas que de las mu-
jeres);—pero si no se embarcasen las ladronas,
no se costearía ni siquiera los gastos del carbón:
¡qué Dios las confunda!

Al ver cómo se iban poniendo las cosas, era
de esperar de un momento á otro algún albo-
roto serio. Ya la noche antes, después del bau-
tizo, dos pasajeras se habían tirado á la greña, ca-

llando, como señoras bien educadas en un rincón oscuro del dormitorio. Y la noche del día después tocó algo peor al escribanillo. Habiendo dejado escapar una palabra de indignación contra dos emigrantes que hacían obscenidades precisamente á espaldas de la genovesa, provocando la risa de todos, aquellos le pusieron la mano encima y estaba para pasarlo mal, cuando pasó por allí casualmente el garibaldino y lo libró en el instante que ya tenía la corbata deshecha. Todos estos eran efectos del *hogar eléctrico del mundo*, y el sobrecargo seguía diciéndome:—Tendremos cosas peores.

Libre el escribanillo, el garibaldino subió al castillo central, desde donde lo había yo visto, y pasó por junto á mí. Hubiera querido pedirle pormenores; pero su cara fría y dura me detuvo como siempre. Mientras los primeros días cambiaba algunas palabras conmigo, ahora apenas hacía un signo de saludo, y algunas veces ni siquiera la señal. Parecía que el aburrimiento creciente que producía en cada cual aquella reducida sociedad forzosa del vapor, exasperaba en él la aversión á sus semejantes que ya llevaba en el corazón. Cuanto más adelantaba en la familiaridad, siempre taciturna y respetuosa con la señorita de la cruz negra, tanto más solitario y reservado se hacía, como si aquella agradable compañía oscureciese, en vez de serenar, su fi-

losófia. Ahora ya no hablaba con nadie. Pasaba horas enteras á popa, apoyado en la obra muerta, mirando la estela del *Galileo*, como si fuese una hoja escrita interminable que se desenvolviera delante de sus ojos narrando la historia del mundo. Y su desdeñoso y selvático carácter había producido en los demás el efecto acostumbrado; antipatía primero, y ostentación de otro tanto desprecio; luego, cuando la constancia de su conducta demostró que se derivaba de su carácter y no de su propósito, un sentimiento de respeto y de timidez, el cual se revelaba en la prontitud instantánea con que la mirada de los pasajeros subía á los palos ó huía por el mar, cuando él, discurriendo con la señorita, dirigía los ojos hacia ellos, para ver si lo miraban, y con qué cara.

Hasta parecía que había nacido en todos cierta simpatía hacia aquel ogro orgulloso, el cual no sólo no hacía nada para captársela, sino que parecía hacer todo lo posible para producir el sentimiento contrario. Era porque la tristeza, cuando va unida á la hermosura y á la fuerza, seduce como indicio de un noble desprecio, por las fáciles satisfacciones que pueden dar una y otra; además de que en toda su persona y en aquella profunda claridad de los ojos que viene directamente del alma, se veía la virtud más admirada y más temida en este mundo:

El valor.

Por mi parte, cuanto más se apartaba de mí, más deseaba conocerlo. Experimentaba hacia él ese sentimiento de benevolencia que nace de la estimación y de la sugestión, que hace intolerable la indiferencia de aquel que es objeto de ella, y os haría descender á un acto de humildad por superarle. Y este sentimiento se hace vivísimo á bordo, donde está cada vez más desierto con la presencia continua de la persona, y donde la indiferencia que ésta demuestra puede ser fácilmente notada por los demás y envileceros en su concepto. Cuando él estaba ausente, procuraba yo mismo persuadirme de que su alma y su vida no debían corresponder á su aspecto y á mi imaginación, y de que si lo conociera á fondo, no haría mas que añadir una desilusión á las miles de que se halla tegida la historia de nuestras amistades. Pero cuando lo veía era inútil; habría sido capaz de jurar que aquel hombre no había cometido jamás una acción innoble, que despreciaba sinceramente toda vanidad humana, y que, si ahora todavía era capaz de dar la vida, sería sin pensamiento alguno de ambición, por una idea generosa. Sufría su superioridad como una fuerza magnética, y mientras sentía con ello cierto descontento y casi una humillación, me parecía que experimentarí un consuelo dándosele á enten-

der y hasta confesándoselo claramente. Pero su semblante era una puerta tapiada para todos.

Y parecía indiferente también á los más grandes espectáculos de la naturaleza. No le vi pasar ni siquiera un relámpago por la cara aquella noche, ante la puesta de sol más espléndida y más extraña que habíamos visto desde que entramos en la zona tórrida. El cielo se había serenado por Oriente y por Occidente, y el sol, que estaba para sumergirse en el mar de brasas, enorme, como si se hubiera acercado muchos millones de leguas á la tierra, hallábase atravesado hacia la mitad por una cinta de nubes sutilísima y negra, terminando por uno y otro lado en el contorno del disco, de modo que el globo parecía dividido en dos hemisferios paralelos; pero tan claramente y con tanta duración, que producía la ilusión de un prodigio. Y al mismo tiempo se extendían por el aire, á una altura desmesurada, ocho maravillosos rayos de otra luz como velada, pero de colores muy vagos, que pasaban lentamente por varios matices, del blanco al rosa, al verde claro, y permanecieron después que el disco había desaparecido, cubriendo una tercera parte casi de la bóveda del cielo, como si una inmensa mano luminosa quisiera agarrar la tierra. Pero nos maravillábamos más cuando al volvernos, á una indicación del capitán, vi-

mos otros ocho rayos desmesurados á la parte opuesta, reflejo de los primeros, menos luminosos, pero matizados con las mismas tintas, que parecían los albores de un sol desconocido que surgiese de las aguas, apenas se hubiera escondido el otro. Y el mar brillaba con todos los colores del cielo, que parecía hacer sobrenadar millares de perlas.

Sólo el animal aquel de abogado — él sólo — no miraba; antes bien, volvía la espalda al caso como para despreciar á la naturaleza: para él, el sol que bajaba al mar era un sol odioso, como reverbero de la mala compañía que frecuentaba.

En medio del silencio general de admiración, él se lamentaba con cólera con el Segundo del descuido *cri-mi-nal* de la *Sociedad de Navegación*, que no le tenía al corriente de los progresos del acta de salvamento. Ochenta de cada cien naufragos, decía, se ahogan, revientan, por culpa de quien les embarca. ¿Por qué la *Sociedad* no ponía en sus vapores el número de salvavidas que estaba prescrito? ¿Por qué no teníamos mas que diez botes, que apenas bastaban para salvar á la cuarta parte de los pasajeros? ¿Por qué no se ejercitaban los marineros en construir en pocos minutos armadias de salvamento? ¿Por qué no tenían bombas Gwyn? ¿Por qué no adoptaba el doble puente del capitán Hurst? ¿Por qué

no se proveían de *life-boats* de Peake y de escafeles náuticos de Thompson? ¡Ellos eran, los de la *Sociedad de Navegación*, quienes ahogaban á millares de caballeros y hacían morir de hambre á los inventores, acogiendo con un encogimiento de hombros, desdeñando por avaricia todas las proposiciones de nuevos medios para salvar la *pre-cio-sa* vida del hombre!

Aquel perrillo de aguas asustado tenía una erudición sorprendente en la materia, y era un verdadero licenciado en tales asuntos. El agente de cambio, que todo lo sabía, me manifestó una sospecha suya: que el pobre hombre llevaba en el camarote un aparato de salvamento extraordinario y voluminoso (tal vez varios), escondido con gran cuidado en un cajón secreto que ningún camarero había visto abierto nunca. Y hasta decía, que habiendo sido rechazado bruscamente una mañana que había ido á hacerle una visita, sospechaba que estaba probándose en aquel momento algún vestuario vistoso de gutapercha.

— Son los armadores — continuaba entre tanto diciendo el abogado cada vez más acalorado, — los que nos mandan á ser pasto de los peces. El Código marítimo, es música celestial. Debería ser una ley aplicada en serio, que los mandase á pudrirse en un presidio.

El Segundo lo contradecía, y él insistía con

más calor, tanto que poco á poco se agruparon en torno de ellos varios para entretenerse con aquel espanto morboso que el avanzar de la noche, agravaba.

Pero la conversación fué interrumpida de improviso por el grito de un pasajero de tercera desde el castillo central:—¡El mar arde!

Todos nos volvimos hacia el mar. El barco, corría con efecto haciendo saltar á lo largo de sus flancos, surtidores de topacios y de diamantes, y dejando detrás de sí una estela de fósforo líquido, una calle cubierta de oro fundido, que parecía salir de su popa como de una mina en combustión. En algunos puntos era oro, en otros plata; el espacio luminoso se extendía á gran distancia, disminuyendo por grados en una mansa claridad blanca, que hacía pensar en lo que los holandeses llaman mar de leche ó de nieve, visto ya por muchos navegantes en el Pacífico, en el golfo de Bengala y en el archipiélago de las Molucas. Pero cerca de nosotros, el agua ardía y vivía; era una belleza, un perseguirse y encontrarse de fuegos fatuos, un tremolar infinito de estrellas y de pequeños soles que se aproximaban al buque y saltaban á lo lejos, y se levantaban y se bajaban sin esconderse, dando á las olas una transparencia admirable, como si fuese un mar al que iluminaran por debajo los fabulosos astros de Platón

y de Proserpina, radiantes en el interior del globo. Se comprendía bien entonces que los antiguos navegantes, al ver por primera vez aquel mar resplandeciente, sintieran turbada su razón. No se podía apartar de él la mirada: deslumbraba, atraía como si llevase sobre sus espaldas todas las riquezas del universo; daba ganas de meter en él la mano para coger un puñado de piedras preciosas, de caerse en él para salir resplandeciente como los monarcas orientales. Todos experimentábamos la necesidad de hallar comparaciones fantásticas, y de decir cosas extrañas, derrochando la imaginación en aquella inmensidad de tesoros ondulantes, que resplandecían alrededor nuestro como una tentación y una burla. Y todavía creció la admiración, cuando al cabo de una hora de aquel espectáculo, apareció un bando de delfines que se puso á bullir y á saltar en aquel fuego, acompañando al vapor, como para unir á la nuestra su propia alegría. Entonces, se vió una turbada de chispas, una fiesta de espumas y de lloviznas inflamadas, una danza de constelaciones, una locura de esplendores, que hizo prorrumpir á los pasajeros de tercera clase en gritos agudos, en chillidos de alegría, como si fueran turba de muchachos.

El único descontento fué el marido de la suiza, al cual vimos aparecer en el castillo

murmurando, con la cara colorada y llena de despecho. Pero, ¡Dios santo, se la había buscado! Había ido al castillo central, á un grupo de aldeanos, á explicar que aquella fosforescencia de las aguas era producida por una cantidad de animalillos microscópicos, llamados con no sé qué nombre del otro mundo; ó en otros términos, que todas aquellas chispas eran animales. Esta vez, á la verdad, la había inventado demasiado gorda, y la explicación fué acogida con una risotada estrepitosa.

Pero ya un nuevo espectáculo atraía la atención de todos. Habiéndose aclarado el cielo por todas partes, se veían por primera vez en el horizonte las cuatro hermosísimas estrellas de la cruz del Sur, desconocidas en otras latitudes, centelleando en la oscura soledad de los llamados sacos de carbón: los desiertos del cielo austral. De un lado resplandecían limpidísimamente, el *alfa* y la *beta* del Centauro, y del otro la constelación Argos, ó El Navío, con el espléndido sol Canope. Todo el firmamento brillaba terso y tranquilo.

La estrella polar había desaparecido por completo.



XIV

EL OCEANO AZUL

AQUÍ, en el 17.º día, encuentro anotado en la carta de Berghaus, que se debía pasar la famosa línea trazada por Alejandro VI para dividir el mundo entre Portugal y España, y al lado encontré estas palabras: — *Buen tiempo fuera y dentro.* — El humor con efecto de aquella multitud de emigrantes seguía con fidelidad admirable las variaciones del mar. Así como al hablar con un personaje poderoso al cual pedimos un favor y que nos puede perjudicar, nuestro rostro refleja inadvertidamente todas las expresiones del suyo, así los pensamientos y las conversaciones de toda aquella gente se hacían negros, amarillos, grises ó azules, según el color de las aguas que atravesábamos.